

ALMACEN  
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 21 DE MAYO DE 1845.

La Semana Santa en Roma

en marzo de 1842.

«Abrios, abrios, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.»  
Así cantaban los sacerdotes detenidos sobre el umbral de la iglesia; respondíanles los de adentro:

«¿Quién es este Rey de la gloria?»

Replicaban las voces de afuera:

«El Señor fuerte y poderoso, el Dios terrible, invencible en los combates. Abrios, abrios, ó puertas eternas, y dejad entrar al Rey de la gloria.»

Ciertamente que es bello y sublime este diálogo bajo el pórtico del primer templo del mundo.

Las palabras de *puertas eternas* y de *Rey de gloria* producen un efecto mágico en esta mansión, que parece edificada para toda la eternidad, y llena solo la gloria del Altísimo; pero la emoción que produce ese religioso cántico, se aumenta considerando que en todo el mundo católico se verifica igual diálogo, y que estas palabras de *puertas eternas* y *Rey de gloria*, que resuenan delante de la primera basílica del mundo, resuenan á igual hora delante del humilde pórtico de la modesta iglesia de las mas pobres aldeas, en donde son tan verdaderas y tan magníficas como en Roma.

Entra despues la procesion cantando el himno que refiere el triunfo de Jesus en Jerusalem.

«Los niños de los hebreos iban delante del Señor con ramas de olivo clamando: Hosanna, salud y gloria en lo mas alto de los cielos!»

En tanto que resonaban estos cánticos en las inmensas bóvedas del templo, veíase venir por medio de su gran nave, por entre una calle de regimientos escalonados, la brillantísima procesion donde están representadas todas las gerarquías del mundo católico y todos los títulos de la corte pontificia. Escuderos, procuradores generales, capellanes secretos, abogados consistoriales, camarleros, abreviadores, los auditores de la Rota, los generales de todas las órdenes religiosas, el cuerpo diplomático lleno de brillantes condecoraciones, los cardenales diáconos, presbíteros y obispos con los ornamentos de su correspondiente orden, blancos, bordados riquísimamente de oro, llevando en la mano una mitra blanca lisa, los oficiales de la guardia suiza vestidos á la antigua con espada de dos manos, los conservadores, el senado romano, el gobernador de Roma, y los dos primeros maestros de ceremonia delante de la silla del Pontífice, llevando las hermosas vestiduras que la iglesia recibió de los primitivos pueblos, y cuya forma recuerda la patria de Licurgo y de Zoroástrés, y la de los magos de Suza y Ecbatane.

Llevado por doce escuderos vestidos de encarnado, que se llaman *busso-lauti*, sobre una especie de andas donde está colocada la silla, y bajo un magnífico palio que sostienen ocho obispos, el Padre supremo de los fieles domina toda la procesion, y enseña su venerable cabeza, que inclina al peso de la tiara con su triple corona, y á la que aparentan dar sombra dos ricos abanicos de pluma, figurando los ojos de una cola de pabo real que llevan al lado de su silla con una larga vara dorada dos sacerdotes. Detrás marcha el decano de la Rota, los obispos existentes en Roma, el tesorero, el mayordomo mayor, los protonotarios de honor, y cierran tan magnífica pompa los guardias de Corps y la guardia noble, compuesta toda de brillante juventud, y con el mas elegante uniforme militar.

Despues cantaron:

Cum appropinquaret Dominus Jerosolimam &c.....

«Aproximándose Jesus á Jerusalem, envió dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está en frente de vosotros, y en ella encontraréis un asna atada, desatadla y traédmela. Si alguno os digere algo, decidle que el Señor la necesita.» «Los discípulos fueron é hicieron lo que Jesus les habia mandado, trageron la borrica y poniendo sobre ella sus vestidos, Jesus se sentó en ella. Gran multitud del pueblo tendia sus vestidos en el camino, otros cortaban ramas de árboles y las echaban por donde habia de pasar; y todos los que iban delante, como los que le seguían gritaban diciendo *Hosanna* bendito sea el que viene en nombre del Señor!»

En cualquiera parte es admirable este cántico que pinta la entrada del Rey de Israel en la ciudad de Sion, modesto triunfo en que el *Vencedor* entrado sobre una pollina, en medio de una multitud que arroja palmas por donde pasa; profundo milagro que de esta pompa indigente ha hecho una pompa eterna en todo el universo, renovada anualmente hace diez y ocho siglos; pero esta admiracion es mayor en Roma, testigo de tantas orgullosas ocasiones, y soberbios triunfos cuyo ruido aturdió un dia al mundo.

Nosotros que dias antes habíamos recorrido la *via sagrada* y los alrededores del Capitolio, pensábamos en los triunfos de la antigua Roma, sobre el mismo terreno donde habian desplegado todas las fantasmagorías de la gloria humana: habíamos recordado especialmente el triunfo de Paulo Emilio que refiere Plutarco y que duró su marcha solo tres dias enteros.

De todos aquellos triunfos que deslumbraron el universo apenas queda hoy un reflejo incierto, un eco dispuesto á perderse, si algun lector curioso no revuelve para enterarse de ellos las empolvadas páginas de algun antiguo libro conservado en las bibliotecas. La humilde pompa del Dios de Israel, la modesta é indigente ovación ha crecido de siglo en siglo, y llena hoy la antigua Roma de su fausto y magestad. Díjase que estos cardenales, estos patriarcas de tan diversas regiones, que estos augustos sacerdotes de encanecidos cabellos que van marchando pausadamente con una palma en la mano, representaban los siglos de la iglesia que victoriosos se adelantan caminando á la eternidad.

La misa duró cincuenta y cinco minutos. La pasión, este dramático poema de S. Mateo, es cantado por tres músicos sacerdotes que representan el uno el historiador, el otro el pueblo, y el tercero Jesus. Están revestidos de alba y estola de diáconos. — Antes de comenzar se postran á los pies del papa, y besan su pie. — Despues, y mientras que alternativamente cantan los últimos dolores y padecimientos del Hijo del Hombre, todos los asistentes y el Papa mismo permanecen de pie, con las palmas bendecidas en la mano. Qué hermoso espectáculo es este inmenso bosque de palmas que cubren las cabezas de la multitud religiosa! — En algunos momentos las voces del coro se levantan para unirse á la del músico que representa el pueblo hebreo.

Cuando les oíamos repetir aquellas palabras del sagrado testo:

«Crucifícale, crucifícale, y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» pensábamos en el arco de Tito por donde habíamos pasado dias antes, y el que habíamos visto recuerdo de la gran matanza de la raza judía de la toma y destruccion de Jerusalem, y de la dispersion eterna de su pueblo. El arco de Tito es uno de los monumentos mas bien conservados de la antigua Roma, y los descendientes del pueblo hebreo han conservado de siglo en siglo tal horror y aversión á este monumento que no pasan jamás cerca de él, sin volver la vista á otro punto.

La relacion de la agonía del Dios-mártir nos inspiró tambien otras reflexiones. Nos preguntábamos á nosotros mismos qué era Roma, á la época en que la víctima del Calvario moria por la salvacion del mundo, y pensábamos en aquel conjunto de crímenes y desgracias de que la capital del mundo, la metrópoli del imperio, sometida á Tiberio, era teatro en el año 33 de la nueva era, y esclamábamos con Chateaubriand: Qué dos mundos tan estrañamente diversos habia á la vez: Jesucristo sobre la cruz, Tiberio en Caprea!!!

Sin embargo, en la hora misma que semejantes observaciones ocurren al pensamiento, la multitud inmensa que acude al templo de S. Pedro, presenta un cuadro de escándalo contra el que han clamado diversos escritores. En vano al ver tanta concurrencia, y de gentes de diverso culto espera uno alguna confusion, es escandaloso, indecente, el modo con que se asiste á los mas graves misterios en el templo mas santo, y delante de la asamblea mas augusta del mundo.

A los dos lados del altar se colocan inmensas graderías, que ocupan las señoras. Hay otras galerías ocupadas por las familias de príncipes y personajes residentes ó de paso en Roma, y los embajadores con todos sus agregados; el resto del templo, es decir, la parte que la ceremonia deja desocupado, es donde se coloca el pueblo y demas espectadores menos favorecidos. En todas las graderías y tribunas se observa la misma falta de orden. En una parte damas menos atentas á las ceremonias que á los brillantes uniformes de sus

vecinos; de otra grupos de poderosos funcionarios vestidos con todo el lujo de sus condecoraciones y según el gusto de las naciones que representan, hablando de sus negocios. Allí un tropel que se estrecha y da de codazos y ríe, y habla en todos los idiomas del globo. Mientras un luterano ó calvinista lanza un epígrama contra los cardenales, un francés dirige un requiebro á una bella italiana, dos españoles hablan y ponderan las procesiones de la semana santa de Sevilla, unos suizos se citan para ir á beber terminada la función. Jamás á espectáculo profano, á teatro alguno, se ha asistido con menos compostura.

Varios escritores han tronado con toda su cólera sobre este abuso; nosotros lo observamos, y en medio del tumulto de la muchedumbre, cerrando los ojos á las bellezas de S. Pedro, remontándonos con el pensamiento á los días de la primitiva iglesia, cuando la congregacion de los cristianos celebraba los santos misterios en lugares subterráneos, nos decíamos á nosotros mismos: Por qué el Pontífice no bajará á las catacumbas? Por qué no irá con todo su clero á ocultarse á la vista de los nuevos perseguidores á las cabernas de San Sebastian? Allí al ménos el nuevo Marcelino no se vería rodeado sino de sus fieles, y el sacrificio augusto tendría por solos testigos las sombras silenciosas de los mártires y de las vírgenes.

### MIÉRCOLES SANTO 23 DE MARZO.

A las cuatro de la tarde fuimos á las tinieblas que se cantan en la capilla sistina. Esta magnífica capilla que se llama así, del nombre de su fundador Sisto IV, y adquirió una eterna fama en tiempo de Paulo III por el fresco en que Miguel Angel pintó el juicio final.

Imponente es el momento en que uno se encuentra por primera vez en presencia de esta obra colosal del arte. Allí contempla uno estremecido la sombría pared sobre la que el genio del mas severo de los artistas, trazó con mano maestra la escena mas terrible y formidable que puede presentarse á la imaginacion del hombre.

Allí se admira el poder del artista, que superior á las fuerzas humanas, ha luchado contra las invencibles dificultades que ofrecia arrojar sobre una pared inmensa la pintura mas terrible que concibió jamás el genio del pintor. Cuando la vista, reposando del efecto que produce el conjunto del cuadro, estudia los detalles de la composicion, se encuentra en ella un carácter que jamás presentó pintura alguna, un carácter de inspiracion furiosa, de improvisacion ardiente, que parecen el resultado de una concepcion fenómeno. Diríase al ver este cuadro, que un gigante de los primeros días del mundo, un artista ante-diluviano pasó un día por esta capilla, y bosquejó esta vision apocalíptica, esta escena de terror en cuatro grandes pinceladas, en un cuarto de hora de inspiracion.

El cuadro inmenso de Miguel Angel lleva un marcado carácter de precipitacion, ó por decirlo así, de improvisacion. Encargado de las obras artísticas de todo un siglo, de todo un país en los tres ramos de pintura, escultura y arquitectura, Miguel Angel no podía emplear en la confeccion de ese fresco las condiciones ordinarias de una pintura hecha con descanso. Así es que se deja notar la impaciencia del pintor, muchas de las figuras del último término.

son solo bocetos, y para distraerse y escitarse á concluir su obra, recurrió el pintor á su fantasía. El fresco de la capilla sistina es mitad obra de arte, mitad caricatura. Dios, la Virgen, los ángeles, los santos, los demonios, el barquero Caron, el paraíso, el infierno, grupos de figuras grotescas y obscenas, hombres que hacen gestos y contorsiones espantosas, un cardenal precipitado en las llamas en medio de diablos y serpientes, son retratos de críticos envidiosos, de quienes Miguel Angel se vengó con su pincel, como el Dante se habia vengado de los suyos con la pluma. Miguel Angel comenzó un gran cuadro, y firmó un libelo.

Cuéntase que quejándose de Miguel Angel el cardenal allí retratado á Paulo III, porque le habian colocado entre los condenados y pintado con tal exactitud que todos le reconocieron á primera vista, Paulo III, que era grande amigo del artista, no queriendo mandar quitar el retrato de aquel, y echar un gran borron sobre esta grande obra maestra, le contestó: que si al menos Miguel Angel le hubiese colocado en el purgatorio, le sacaria de él, pero que al infierno sabia no llegaba su potestad, y que *nulla erat redemptio*. El retrato del cardenal existe, y era el del mayordomo del pontífice, y el motivo de tan cruel venganza cuentan fué la mezquindad con que aquel regateaba al grande artista el precio de sus escelentes obras.—Para cubrir algunas figuras de chocante desnudez, encargó despues Paulo IV á *Daniel Volterre* distribuyése en el inmenso fresco con el mayor cuidado una gran cantidad de hojas de parra.

En la bóveda de la capilla sistina colocó Miguel Angel Buonarotti los profetas, y las Sibilas que parecen atestiguan la verdad de su terrible pintura.

#### Teste David cum Sybilla.

Es una lástima que esta capilla, á que tanto concurren en las funciones de semana santa, los extranjeros, solo pueda recibir en su recinto de quinientas á seiscientas personas; es preciso pues, ó procurarse recomendacion para entrar antes de que se abra la capilla al público, ó resignarse á guardar una ó dos horas para tomar puesto en la sala Ducal, ó en el peristilo del Vaticano. Es preciso ir vestido de toda etiqueta, y los suizos alabarderos son inflexibles con las levitas.

De cuatro á cinco de la tarde van llegando los cardenales con capas moradas, el papa entra el último, con capa encarnada y mitra de sarga del mismo color, cuyas borlas y bandas sostienen dos obispos asistentes al solio pontificio, en el que despues de una ligera oracion se sientan. Los cantores entonan la antífona *Zelus domus tue &c.* y el verso de los maitines, sobre un tono rápido y uniforme. No hay en la capilla del pontífice instrumental alguno. Despues el Papa se levanta, descubre su cabeza y dice el *Pater noster*. Profundamente se siente uno conmovido en el momento en que el gefe del catolicismo, el representante de Dios, el augusto anciano á quien el mundo llama santísimo padre, levanta su voz para dar él mismo este nombre de *Padre* á aquel de quien es imagen y cabeza visible entre los hombres. En seguida se cantan las lamentaciones. Entonces reina un profundísimo silencio, y se ejecutan con estremecimiento aquellos cánticos de desolacion, compuestos por el mas triste de los profetas, y que un grande artista, Gregorio Alegri, ha revestido de toda la melancolía de su alma.

La composicion de estos cánticos que se recitan á cuatro voces se llama *acróstica* porque las letras iniciales de cada estrofa siguen el orden del alfa-

beto hebreo, *aleph beth ghimel*; pero como en la traducción latina no se podía conservar el mismo orden, ha querido la iglesia que cada versículo vaya precedido de la letra hebrea con que comenzaba en el texto original. El canto de estas letras pertenecientes á una lengua primitiva produce en todas partes un efecto maravilloso; pero en donde la ilusión es completa, es en la capilla sistina, cuya bóveda está toda poblada de las imágenes de aquellos ancianos hebreos animados por el pincel de Miguel Angel.

Persuádese uno, en medio del silencio de la concurrencia, que aquellos acentos de dolor proferidos en un lenguaje misterioso salen de la boca misma de los profetas de Buonaroti. Parece que Isaías y Jeremías, saliendo de su tumba, vuelan sobre la multitud muda congregada en la capilla, y que después de tantos siglos de silencio, vuelven á alzar su voz para repetir al mundo sus aflictivos poemas, en que tan terriblemente anunciaron la destrucción y ruina de Sion.

«¡Oh! ¿cómo esta ciudad, antes tan populosa, se halla tan desierta y triste?»

«¿Cómo la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy lejos á admirar, se asemeja á una ciudad desolada? ¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los extranjeros?»

«No cesa de llorar toda la noche, y su continuo llanto, y sus lágrimas han surcado sus pálidas mejillas...»

«Las calles de Sion lloran su soledad, nadie acude ya á las solemnidades del templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor los sacerdotes...»

«Oh! cómo la ciudad antes tan populosa se halla al presente tan desierta y triste?»

Imposible es cuando se oyen en Roma estas palabras de luto sobre la antigua capital de Judea, no echar una mirada á la ciudad donde uno se halla, sobre Roma que también fué tan horriblemente destruida por los ejércitos victoriosos.

Mientras la voz de Jeremías cantaba la ruina de Jerusalem, recorría yo en mi mente los sucesivos desastres de la nueva Jerusalem. Cuán frecuentes son estos recuerdos de infortunio en la historia de la Ciudad-reina! El mundo no olvidará jamás el nombre de los poderosos conquistadores que llevaron tantas veces el hierro y el fuego á su sagrado recinto.

El primero el feroz Alarico á la cabeza de sus godos, cerca estrechamente la ciudad de las siete colinas, y aguarda á que la hambre y la peste hayan destruido la mitad de sus defensores para pactar con ella. Preséntansele embajadores, exige de ellos todo el oro, toda la plata que la ciudad contiene.—Rey, le dicen los enviados del pueblo, que nos quedará?—La vida, responde el bárbaro, sin pensar que Roma no contiene más que cadáveres. Se aleja por algun tiempo, pero es para volver muy pronto mas inexorable que nunca.—Un monge corre á su encuentro á implorar el perdón de la ciudad.—No, responde el brutal conquistador, no puedo detenerme, siento dentro de mí un poder irresistible que me arrastra, que me impele á arruinar esta ciudad?

Por tercera vez, en fin se presenta el mismo Alarico; el hambre es aun segunda vez su auxiliar, y la ciudad que había sometido el mundo, dice San Gerónimo, pareció de hambre antes que por la espada. Apenas hallaron en ella algunos descarnados espectros, los vencedores á quienes imponer su pesado yugo.

( 1691 )

Después de Alarico rey de los godos, preséntase Atila rey de los hunos. Atila que se proclama á sí mismo el azote de Dios! La toma de Milan exalta su orgullo, anima la ambicion de sus soldados; pero un decreto del Altísimo suspende su devastadora carrera. Detiénese inquieto en su tienda. El santo pontífice Leon viene á implorar su clemencia. — No sé por qué, dice, me han conmovido las palabras de este anciano, y se retira.

Plaza á otro conquistador! plaza á Genserico rey de los vándalos, que cuarenta y seis años despues que Alarico viene á incendiar y destruir cuanto entónces perdonó el furor de los godos.

La Métrópoli del imperio no está rodeada sino de un tropel de godos, alanos herulos, que componen los ejércitos del Estado á sueldo de los emperadores. Un hombre se alza en medio de estas hordas indisciplinadas, un hombre de desconocido origen, Odoacro, soldado audaz entra victorioso en la ciudad de los Césares, abole sobre el mismo palatino el título de emperador y hace revivir el nombre de rey en la ciudad de Romulo. Trono mal asegurado! Teodorico á la cabeza de sus ostrogodos entra tambien en Roma, y lleva á hierro y fuego y sangre su recinto tantas veces ya destruido.

Totila, llamado rey de los ostrogodos, viene á su vez á sitiar las murallas de la ciudad sagrada. — En vano el emperador Justiniano y el heróico Belisario corren á defenderla. Totila abre una brecha, precipita por ella torrentes de soldados en la ciudad. Saquea, degüella, incendia y comete tantos estragos, que hacen olvidar las anteriores invasiones, y no se retirá de Roma sino despues de haber espulsado de la ciudad á todos sus habitantes, y convertido la capital del universo en una inmensa y espantosa soledad.

Así se fueron sucediendo los destructores de Roma, ministros de la venganza del Eterno. Otros los seguirán aun. — Carlos V y el condestable de Borbon renovarán en el asalto y saqueo de Roma los horrores de Alarico y de Totila, y añadirán al estrago la profanacion y la burla (1); viéndose aun hoy las profundas cicatrices que dejaron en la ciudad y en los mas magníficos templos. Los exarcas de Ravena la humillaron, las familias rivales de la edad media se batieron en sus murallas y se lanzaron mutuamente á la cabeza destrozados capiteles, obras maestras rotas y mutiladas; hasta en nuestros mismos dias otro Breno inundó con sus victoriosas huestes la ciudad eterna, derribó el trono pontificio, y reemplazó con las águilas rapaces la misteriosa paloma, que al fin tornó á anidar en el Vaticano y quirinal huyendo aquellas á fijar su mansion en la roca abrasadora de Santa Elena. Desgraciada Roma!! envidioso el destino parece querer hacerte espiar por un continuado diezmo de sangre y de ruinas tus orgullosos recuerdos de triunfos y conquistas!!!

Apenas habia terminado esta triste revista de desastres y calamidades, un coro colocado en la tribuna, entonó el *Miserere*, este famoso cántico de Alegri que goza tanta reputacion en el mundo filarmónico, reputacion justamente merecida. Jamás el genio del dolor inventó un signo mas melancólico y lamentoso. Elévase al principio algunas voces sordas que parecen formular apenas una angustia confusa y sin objeto; despues se desarrolla y el murmullo se convierte en sollozo, y el sollozo se transmuta despues en fuerte clamor, presentando una no interrumpida sucesion, siempre creciente, de lastimeras

(1) Carlos V hacia celebrar rogativas en sus dominios por la libertad del papa Clemente VII, preso por las tropas españolas en el castillo de Sant-Angelo.

notas que se aglomeran y precipitan. Al principiar con los sordos gemidos de un tempestuoso lago, luego se oyen las lamentaciones inmensas de un océano agitado por los vientos: al principio es la voz de un alma aislada refiriendo á sus hermanos su misteriosa pena, luego es el concierto de la humanidad entera repitiendo los remordimientos de lo pasado, y anunciando los temores del porvenir.

Semejante música no es digna de resonar sino delante del juicio final de *Miguel Angel*. No es dado describir el efecto que produce en el alma delante del fresco apocalíptico. Parece que esta pintura es el lienzo que cubre un gran misterio, y que esta música es la sinfonía del último día, y que al perderse el eco de la última nota, desaparecerá el fresco como el telon de un teatro para dejarnos ver la vision del mundo venidero!

A medida que los cantores acaban de suspirar las últimas notas del *miserere*, apagadas las luces todas excepto las seis hachas colocadas sobre la verja que divide el recinto de la capilla, y cuya llama hacia temblar el aire que entra por las ventanas entornadas, á esta vacilante claridad, los ojos distinguian apenas vagamente el colegio de cardenales, que postrados todos en tierra tocaban el suelo con sus encanecidos cabellos, ó sus calvas frentes. En la bóveda las figuras de los ángeles y de los bíblicos ancianos, parecía que tomaban cuerpo al reflejo de estas luces opacas, indecisas, misteriosas. Confundiase entonces la ficcion con la realidad, y dudaba uno si los ancianos tendidos sobre el mármol eran seres de este mundo, y si los fantasmas de la bóveda eran vivientes suspendidos en el aire sobre la cabeza de los fieles, en las sombras del crepúsculo y entre nubes de incienso. Al terminarse las tinieblas salimos de la capilla sistina, fuimos á dar un paseo, y al atravesar el *Forum* lleno de templos antiguos arruinados, columnas, pórticos desgastados, repetiamos involuntariamente y en voz baja, las palabras que habiamos oido una hora antes.

Oh! como en esta ciudad en otro tiempo tan populosa, está hoy tan triste y solitaria!!!

## La familia de Falkland.

DRAMA EN CINCO ACTOS POR DON ANTONIO GIL Y ZARATE,

ejecutado en Madrid el mes de abril último.

La historia de las revueltas civiles, de las contiendas políticas y religiosas, que han agitado á todos los pueblos en diferentes épocas, es una mina inagotable para el escritor dramático. Todos los intereses, todas las pasiones de los hombres, puestas á la vez en accion y en lucha abierta unas con otras, crecen y se desarrollan vigorosamente en este estado de irritacion general.

Los sentimientos generosos, las ambiciones nobles de algunos pocos, hallan ocasión de manifestarse y distinguirse en toda su grandeza y energía, al paso que las intenciones mezquinas, la ignorancia y la presuncion de otros muchos se dejan ver tambien claramente. Con todos estos hombres, con todas es-

tas pasiones combinadas segun conviene á sus impenetrables fines, la Providencia dispone y desenvuelve el inmenso drama de las revoluciones, tan fecundas en peripecias; ridiculas unas, grandes y terribles otras: ese drama gigantesco cuya duracion es á veces de siglos, cuyo teatro es una nacion entera que tiene por espectador á todo el universo, y cuyo fin moral es sin duda casi siempre el castigo espiatorio de las generaciones pasadas, representado con sangre y ruinas por la mas culpable de todas ellas, y para enseñanza y escarmiento de las generaciones venideras. Cada uno de los infinitos cuadros de este gran drama, cada uno de los personajes que en él sobresalen, puede dar lugar á una accion interesante en el teatro y deducirse de ella algun pensamiento moral ó politico de útil aplicacion.

Si dejando de considerar la historia de las revoluciones en sus resultados generales y su aplicacion al teatro en este sentido, descendemos á observarla en las consecuencias que tiene para cada uno de los individuos que componen la sociedad agitada por la discordia civil, para cada una de las familias que componen esta sociedad, el cuadro que se nos presenta por ser de mas reducidas dimensiones, no es menos dramático é interesante. El odio, la division y el encono que la diferencia de opiniones introduce entre las familias; la lucha de estos sentimientos bastardos y percederos con los que se afianzan de una manera indestructible en el corazon del hombre, por medio de los lazos de la sangre y del amor, ofrece sin duda algun vastisimo campo al poeta dramático.

Quizá para pintar esta lucha íntima de deberes y de pasiones, se necesita mayor talento, y sin duda mas esperiencia de mundo y mayor conocimiento del corazon humano que para trazar el cuadro de una época ó la figura histórica de un personaje célebre. Pero si tan dramáticas son las épocas de anarquía y de trastorno consideradas en sus resultados generales y públicos, como en los mas íntimos y pequeños; el éxito que puede tener su aplicacion al teatro bajo estos dos aspectos dependerá mucho de la época en que se haga esta aplicacion. En tiempos tranquilos y normales las dos diferentes fases bajo las cuales el poeta dramático puede considerar en su obra los resultados de una revolucion será admitida por el público, y bien recibida la obra, siempre que lo merezca y sepa escitar su interes: pero en tiempos de agitacion, en que están en movimiento parecidas ó iguales pasiones á las que juegan en el drama, este será acogido con calor por los espectadores siempre que trate algun hecho público y de resultados generales, al paso que verán con indiferencia una accion íntima, en que esas mismas pasiones no se ponen ni pueden ponerse en juego sino para condenarlas indistintamente.

La razon de esto es bien sencilla á nuestro juicio. La esposicion de un suceso notable ó la pintura de un personaje célebre de una revolucion cualquiera, no puede ménos de halagar ó de herir segun su indole las pasiones políticas de un pueblo, que está en un estado de agitacion semejante al que se pinta en el drama. Si sucede lo primero acogerá la obra con entusiasmo; si lo segundo, la rechazará con energia: pero en ninguno de los dos casos la recibirá con frialdad; al paso que sacrificará el interes que pueda escitar en él, la pintura de una familia desgraciada á causa de esas mismas pasiones que la dominan.

Cada espectador separadamente conocerá la triste verdad del retrato que se le presenta, porque cada espectador separado es quizá un individuo de esa familia desunida por las opiniones políticas; pero todos los espectadores juntos

son el pueblo; el mismo pueblo que sacrifica á sus odios ó á sus intereses políticos, la felicidad particular de las familias, y lo mismo que ve con indiferencia su desgracia en la vida real mira la representación de ella en el teatro. Sin embargo, la lección que pueda dar al público un drama de esta clase, será mas provechosa y necesaria en una época agitada, que no en una tranquila en la que el ejemplo carece de aplicación inmediata.

El que tiene, pues, suficiente valor y talento para dar esa lección arriesgando en parte el éxito de su obra, como lo ha hecho el señor Gil y Zárate, merece por ello consideración y alabanza de nuestra parte.

Sentadas estas reflexiones en que quizá nos hemos estendido demasiado, pero que no creemos del todo inútiles, pasaremos á dar una breve razón del asunto del drama y de su mérito. El autor ha colocado la acción de su obra en el siglo XVII durante el primer periodo de la revolución de Inglaterra. La familia de Falkland perteneciente á la aristocracia del país, habita en un condado que aún permanece fiel al desgraciado Carlos I. Lady Falkland se manifiesta ardiente partidaria de la causa del rey; su esposo, aunque naturalmente de la misma opinión, se espresa con mas prudencia contra los defensores del parlamento; de los dos hijos de este matrimonio el uno se halla en las filas del rey, el otro á quien sus padres creen viajando fuera de Inglaterra, combate en las de los puritanos. Los dos hermanos llegan á la casa paterna en un mismo día, y en el momento en que lord Falkland recibe una carta en que le anuncian que su hijo mayor ha tomado partido con los rebeldes. El anciano manifiesta al principio su sentimiento, pero acaba por perdonar á su hijo. El menor, que como hemos dicho llega también aquel día, no ignora el partido que ha abrazado su hermano, así es que manifiesta su extrañeza y disgusto al encontrarle; pero advertido por su padre disimula delante de Lady Falkland, á quien consiguen ocultarlo todo. Pero si bien delante de su madre los dos hermanos se contienen; cuando se hallan solos, la diferencia de sus opiniones les conduce á disputas acaloradas, que amenazan tener un funesto resultado. Lady Falkland descubre en el segundo acto por la carta que recibió su marido en el primero, todo lo que habia tratado de ocultarla; y su indignación llega hasta el punto de maldecir á su hijo y arrojarle de su casa. Este se pone á la cabeza de un alzamiento en que el pueblo donde residen se declara por el parlamento, esperando de este modo prevenir con su autoridad el peligro que amenaza á su familia. En el combate que se empeña entre puritanos y caballeros, el hermano mayor hiere al otro entre las tinieblas de la noche y sin conocerle; se descubre despues por la relación que aquel hace de las circunstancias de su encuentro. Lady Falkland horrorizada á la vista de la sangre de uno de sus hijos, derramada por el otro, pierde el sentido y despues la razón, reconociéndose culpable en parte de esta desgracia, por el rigor con que arrojó de su casa al mayor de ellos.

Eduardo (que si mal no nos acordamos así se llama el hijo mayor), nombrado alderman (alcalde) por el pueblo victorioso, no puede á pesar de su autoridad proteger á su familia del furor popular que atribuye á traición los esfuerzos que aquel hace para salvarla, y acaban por encerrarle con toda ella en un calabozo, de donde viene á libertarlos seguido de algunas tropas del rey lord Falkland que habia logrado salvarse.

La madre recobra la razón á la vista de sus dos hijos que en su delirio creia muertos el uno á manos del otro; y toda la familia se determina á buscar un asilo en Francia mientras duren las disensiones que agitan á su país, y en las que se prometen mutuamente no volver á tomar parte alguna.

*Este es en resúmen el argumento del drama. La marcha de la acción nos parece demasiado lenta, especialmente en los últimos actos; pero en cambio nunca se desvia del asunto principal. Las situaciones están bien colocadas por lo general, y algunas desarrolladas con mucho arte y maestría: el desenlace podrá tal vez ser de algún efecto bien ejecutado, pero nos parece lo peor combinado del drama. De la versificación y del estilo solo diremos en su elogio que son altamente dramáticos. En esta cualidad como en otras muchas el señor Gil y Zárate es el primero de nuestros poetas dramáticos. Los que sin saber lo que se dicen encuentran falta de armonía en los versos del señor Gil porque no son retumbantes, y su estilo prosáico, porque no es hinchado, harían mejor en aprender de él la manera de ajustar el tono de la versificación á la índole de las situaciones, y ver con qué precisión, con qué verdad hablan todos sus personajes, sin que nunca digan mas ni menos que lo que deben decir, sin que nunca se trasluzca al poeta detras de las figuras que hace mover en la escena. La relación final del primer acto puesta en boca de lord Falkland, es una prueba de que el señor Gil cuando quiere y viene á cuento, sabe hacer versos tan sonoros, como los mejores de nuestras comedias antiguas.*

*Réstanos hablar de la ejecución que en nuestro concepto fué algo ménos que mediana. El señor Romea mayor, nos pareció escesivamente frio en muchas situaciones, tales como en la escena penúltima del tercer acto y en el final del cuarto.*

*El drama por su índole, y mucho mas los dramas del señor Gil, se levantan en algunas situaciones casi á la altura de la tragedia, y no les conviene siempre ese tono familiar y de comedia que segun parece el señor Romea trata de aplicar indistintamente á todo género de composición dramática. Quisiéramos tambien que en ciertos casos este actor diera á su cabeza mas dignidad y energía, llevándola mas levantada que lo que acostumbra, y dejaría así ver mejor el juego de su fisonomía que es á veces admirable. El señor Guzman creemos que recargó su papel menos que lo exigia el carácter del personaje que representaba, y mucho menos aun que lo acostumbra á hacer con otros este apreciable actor. El señor Sobrado, ó no comprendió ó no pudo ejecutar el suyo; en el final del primer acto, sobre todo hubiéramos querido ver mas ternura y sentimiento en aquel padre que abraza á sus hijos despues de haberlos reconciliado uno con otro.*

*La señora Díez es la única que merece como siempre nuestros elogios. El interés y el acierto con que desempeña cuantos papeles toma á su cargo, son dignos de alabanza y casi de admiración.*

### EL HIJO DE CROMWELLE, ó UNA RESTAURACION;

*comedia en cinco actos traducida del frances y ejecutada en Madrid (teatro de la Cruz) á fines de abril último.*

*el SCRIBE es sin duda el autor dramático que ha comprendido mejor el gusto de la época, y que cuenta con mayores facultades para sostener la reputación que ha sabido adquirirse. No es la profundidad del pensamiento lo que mas se distingue en sus comedias, sin que por esto se crea que quere-*

mos decir que carecen de intencion. A algunos les parecerá esta opinion injusta tratándose del autor del *Vaso de agua*, del *Arte de conspirar* &c.; pero nótese que nosotros no negamos intencion á las comedias de Scribe, sino es la profundidad de esta intencion. Con efecto hay mas burla que enseñanza en todas las comedias políticas de este autor, hay mas malicia que deseos de corregir. Pero por esta tendencia que en ellas se nota, por este defecto, si se quiere, es cabalmente por el que Scribe es el poeta dramático que merece mas constante aceptacion. La índole de su talento está perfectamente en armonía con el espíritu de su época; y mucho mas con el de su nacion.

En los tiempos que alcanzamos, el escepticismo político sucede al escepticismo religioso del pasado siglo. El abuso que se habia hecho de las creencias religiosas; hizo que la generacion que nos ha precedido las perdiese casi completamente, y diese al mismo tiempo el impulso á la revolucion política, reconcentrando en ella su fe, y confiándola su regeneracion.

El abuso que en nuestra época se ha hecho de las creencias políticas, y de las revoluciones, las ha desgastado tambien, por decirlo así. El desengaño y el abatimiento han sucedido á la fe y al entusiasmo; el espíritu de la época tiende otra vez á negarse á la fe religiosa, refugio consolador de todos los desengaños, contra todas las esperanzas desvanecidas, lo mismo en la vida del hombre en particular, que en la de las sociedades en general. El momento de analizar y calificar friamente la índole de las revoluciones, ha llegado ya con el escarmiento. Despojadas del entusiasmo que las acompañaba en su carrera, y de la fe de los pueblos que las protegía, se dejan ver en toda su desnudez. La parte ridícula de ellas, y de que como todas las obras de los hombres no están exentas seguramente; salta á la vista de todo el mundo; las pasiones de los partidos se aprovechan de este ridículo como de un arma para combatirse mutuamente, y en este combate, parece el respeto de las opiniones contrarias, y se menoscaba el sentimiento de dignidad de las propias. La tendencia tan natural en el hombre á burlarse de sus mismas miserias y errores, se desarrolla y sirve para dulcificar en parte la amargura del desengaño.

En este estado los defectos, los errores y hasta los crímenes de los hombres públicos, no escandalizan ya; sino que sirven de entretenimiento y diversion. El descrédito de las opiniones y de los sistemas, da libertad á la sátira para poderlas poner en ridículo impunemente y con buen éxito. El que conserva todavia algun resto de entusiasmo y de fe en sus opiniones, es un objeto de burla ó de lástima para los mas, y el egoismo político, la indiferencia por todas las opiniones que antes se consideraba como un crimen, es ahora casi una prueba de sensatez.

Tal es el *Hijo de Cromwell*, personaje principal de la comedia que lleva este nombre. Ricardo Cromwell es un personaje que, segun lo califica el autor, por boca de Carlos II «tiene todas las virtudes, y solamente un defecto, el de ocupar un trono.» Son sus mismas palabras.

Efectivamente, segun le pinta el autor tiene todas las virtudes. Es leal, honrado, no carece de energía, como lo manifiesta en el último acto; pero no cree en la perfidia de los que se han ensalzado á su pesar al puesto de su padre. No quiere gobernar como este por medios violentos y opresores, y por esto es un defecto en él mandar á los otros hombres, porque los que le ayudan á llevar el peso del gobierno son ó egoistas, ó falsos y traidores, y porque el pueblo que debe obedecerle es díscolo ó inconstante y no se le sujeta sino por medio de la ley como Ricardo Cromwell quiere, sino

por medio de la arbitrariedad y la fuerza, como lo hizo su padre Olivero Cromwell.

Así es que al abandonar su puesto y la defensa de sus opiniones, al abdicar el poder en manos de sus contrarios, retirándose á la vida privada, en vez de dar una prueba de flaqueza culpable, da un testimonio de cordura; porque segun pinta el autor á los magnates que le rodean y al pueblo que le obedece, el hombre de bien no sirve para gobernar. Por eso los generales que le han vendido despues de haberle ensalzado, pueden seguir gobernando lo mismo bajo la república de Cromwell que bajo la monarquía de Carlos II, y este, de quien por su misma boca dice el autor «*que posee todos los defectos, y solo le falta el de ocupar el trono de sus mayores*» es mas á propósito para mandar que el hombre que *posee todas las virtudes*.

Así explica el autor la restauracion de los Estuardos en Inglaterra, ó por mejor decir, así explica ó personifica la inconstancia de todas las revoluciones, que acogen hoy con entusiasmo lo que rechazaron ayer, y vice versa. Y no le culpamos porque lo explique de este modo: ya hemos dicho que Scribe comprende perfectamente el espíritu y el gusto de su época, y para retratar con tales colores á los hombres y las cosas no hace mas que mirarlos por el mismo lado (ridículo, si se quiere, pero triste y desconsolador), por que las mira todo el mundo. Podrá tal vez haber alguna exageracion en la pintura; pero esto consiste en que el desengaño y el escarmiento exageran tambien lo mismo que la fe y el entusiasmo.

Esto por lo que respecta á la intencion política que encierra la comedia.

Como obra meramente literaria, *El Hijo de Cromwell*, es una buena comedia, á pesar de que hay en ella defectos de bastante entidad; particularmente si se la considera como obra destinada á representarse. Abunda en esquisitas bellezas de detalle, en chistes epigramáticos y de buen gusto. El estilo es como todo el de Scribe, fácil, propio, y decoroso siempre. Los caracteres están bien trazados, y presentados con maestría; si se exceptúa el del protagonista, Ricardo Cromwell; que nos parece el peor imaginado y desenvuelto de todos. La accion está bien combinada pero es bastante lánguida, y falta de interés, el autor ha descuidado mucho en su obra esta cualidad tan esencial sobre todo para la representacion.

Una comedia leída puede interesar, por las bellezas de su estilo, y por la pintura de los caracteres, pero en el teatro es necesario que el interés resalte del fondo de la accion. Scribe parece que algunas veces ha querido suplir el que le falta á su argumento, con incidentes introducidos con habilidad en la accion principal, pero el interés que escitan es momentáneo, y decae pronto.

De la egecucion solo diremos que notamos esmero y buenos deseos; pero esto no basta. En esta comedia se presentó por primera vez la señorita Matilde Tabéla, en la cual se observan buenas disposiciones que esperamos ver desarrolladas.

Ya que de teatros nos ocupamos en este momento, vamos á escribir algunas líneas sobre el drama de D. Gregorio Romero Larrañaga, titulado *Misterios de honra y venganza*. No habiéndonos sido posible asistir á ninguna de las pocas representaciones que se dieron de este drama, ejecutado en el teatro del Príncipe á fines de la última temporada, hemos aguardado á que se

publicára impreso, para dar cuenta de él á nuestros lectores. Estamos persuadidos de que estos nos agradecerán que no dejemos pasar desapercibida por nuestra parte, una producción original de un jóven apreciable ya del público como poeta lírico, y que aspira con ella á conquistar igual precio como escritor dramático.

Ademas queremos ofrecer al autor, hablando de su obra, una reparacion de justicia, pues las ruidosas contestaciones que se suscitaron entre la mayor parte de los periódicos, y un actor bien conocido sobre la egecucion de este drama, distrageron casi enteramente la atención del público y de los críticos, los que tuvieron que olvidarse del autor y de su obra, para ocuparse de la defensa propia, rechazando una calificacion estraña é injusta.

El héroe del drama del señor Romero es el célebre pintor Alonso Cano, y gira todo su argumento sobre la prision que sufrió aquel distinguido artista en la inquisicion de Sevilla.

La idea de presentar en la escena la figura de un hombre célebre en las artes ó las ciencias, enlazada á algún acontecimiento notable de su vida, es sin duda digna de elogio, pero tiene á nuestro juicio un inconveniente. Todos los sucesos prósperos ó desdichados que recuerdan la vida de un grande artista tienen para un poeta, para un hombre que dedica tambien toda la suya al culto ó á la admiracion del arte, cierto interes, cierta novedad de que carecen para la generalidad del público. La fama de los artistas es mas pura pero menos popular que la de los reyes y conquistadores.

Por eso es mas difícil presentar á aquellos con buen éxito en el teatro, y mas fácil tambien que el autor se equivoque sobre el grado de interes que podrá escitar su obra en el público, pues juzga apasionadamente de la importancia de los sucesos que pasan á su héroe, divinizado por decirlo asi á sus ojos que le miran al traves del prisma de su entusiasmo por el arte, hasta el cual difícilmente conseguirá elevar á la mayoría de los espectadores que ha de juzgar de su drama. Ademas, lo mucho que se exagera el poeta, el interes intrínseco del asunto que ha elegido, le hace descuidar el que pueden añadirle los recursos del arte. Esto es lo que á nosotros nos parece que ha sucedido al señor Romero. El carácter de Alonso Cano está bien conducido, es digno del personage; pero los celos de Elvira, y el carácter vengativo de Veneto, los cuales por su naturaleza podian conmover é interesar mas á la generalidad del público, no están á nuestro juicio bien comprendidos por el autor. El carácter de Elvira decae bastante en los dos últimos actos, y la venganza de Veneto por lo oscura é incomprensible que es, hasta la escena séptima del tercer acto no escita ni odio ni simpatías.

Hay en el drama situaciones bien imaginadas, pero su desempeño no corresponde á la concepcion. ¿Y por qué? porque el estilo en que se espresan los personages en estas situaciones es bueno, es poético y florido, pero no es dramático. En el teatro todo debe decirse en las menos palabras posibles, con claridad y precision. El señor Romero, buen poeta lírico, ha sembrado su drama de bellísimas imágenes, pero con tanto exceso que ofuscan el interes de la accion. La entonacion lírica de la versificacion daña estremadamente á la claridad, efecto y energía del diálogo. En la poesia dramática sobre todo vale mas asegurar bien una idea en malos versos, que sacrificar la menor parte de su energía y propiedad á la armonía de la versificacion.

El desenlace no está muy bien preparado; el recurso de los soldados que por orden del rey penetran en la Inquisicion para librar á Alonso Cano, es

violento y casi inverosímil. En aquella época el rey no se hubiera atrevido á perdonar y hacer poner casi á la fuerza en libertad á un reo condenado á muerte en aquel terrible tribunal, por delitos puramente religiosos ó considerados como tales. Alonso Cano podía haber hecho patente su inocencia delante de sus jueces, y fácil era esto por medio de Veneto. De este modo el desenlace no hubiera sido de tanto ruido ni aparato pero sí de mejor género.

La versificación ya hemos dicho que es buena siempre, y muchas veces demasiado por lo que perjudica á la espresion clara y sencilla de las ideas, pero fuera de esto se encuentran á cada paso en el drama trozos excelentes, tales como el siguiente del tercer acto:

<i>Carcelero.</i>	Halaga el viento las flores?
Bien me agradeceis que los deje	Quiebra la luna su luz.
Libertad, lienzo y colores!	De la azucena en el broche?
<i>Cano.</i>	Libertad! y á ver no alcanzo.
Libertad!... eso llamas	Ni aún los vágos resplandores.
A que el pecho se desahogue,	De la centella que rasga
Y hasta el eco de sus ayes	La erguida cerviz del monte!
Estas bóvedas sofoquen?	Libertad! sí, para ver
Libertad! y las cadenas.	Entre los negros vapores.
Y el estruendo de los golpes	De esas hachas que semejan
Me asombran aun en mis sueños,	Dos funerales blandones,
Desde esas hondas prisiones!	Los hierros y los cerrojos
Libertad! y aun ver no puedo.	De esas cadenas enormes!
Ni las nieblas de la noche,	Y así mi mano insegura
Ni la estrella mas confusa	Y vacilante recorre
De esos anchos horizontes!	El lienzo, tan tristes sombras
Alumbra el sol los espacios?	Esperando que el sol dore!

El argumento se conoce que está bien imitado y está bien dispuesto particularmente en el segundo acto.

Concluiremos felicitando al señor Romero porque en este drama ha manifestado mas dotes de poeta dramático que en ningun otro, pero advirtiéndole que le falta adquirir algunas, y perfeccionar lo que ya posee. Esto no debe desalentar á quien como el señor Romero manifiesta tan buen talento, tanta fe en el arte y tanto amor al trabajo.

## Un frances en Cartagena,

comedia en dos actos por D. Manuel Breton de los Herreros.

(Madrid, teatro del Principe.)

Pocas líneas escribiremos acerca de esta comedia. Su autor la califica en la nota del cartel de *chanzoneta dialogada* agena de pretensiones literarias. Esto nos dispensa en parte de ejercer con ella una crítica severa. Solo diremos al señor Breton que toda obra dramática sea ó no *chanzoneta*, tenga ó no pretensiones literarias, necesita para sostenerse una fábula, una accion mas ó menos complicada, y que produzca algunas situaciones que entretengan ó interesen al espectador.

La idea de esta comedia es poner en ridículo la inexactitud con que en la vecina Francia se juzga de nuestras costumbres. Este pensamiento es muy á propósito para un juguete que entretenga y haga reir, mucho mas en manos del señor Breton, el mas fecundo en chistes de todos nuestros poetas cómicos; pero la sencillez, ó mejor dicho, la simplicidad de la accion es tal que el *frances en Cartagena*, mas que una comedia en dos actos, parece una escena en dos actos. Asi es que el diálogo se arrastra penosamente y sin la viveza y facilidad con que acostumbra á manejarle el autor de la *Marcela* y del *Pelo de la Dehesa*, al que nos costó trabajo reconocer en esta comedia.

Hemos dicho al principio que no seríamos severos con ella y por eso nos paramos aqui. Lo único que no pasaremos por alto (porque así lo hemos prometido en uno de nuestros anteriores artículos hablando del señor Breton), son dos ó tres chistes mal sonantes y de perverso gusto que nos desagradaron en extremo, y lo mismo á todo el público. Quisiéramos ver corregido á tan apreciable autor de este defecto que es sin duda de poca entidad, considerado literariamente, pero que daña mucho á la reputacion que tan justamente tiene adquirida.

La egecucion fué tambien bastante desgraciada. El señor Romea mayor no sabe imitar bien el acento frances en lo que consiste toda la gracia del papel que representaba: hubo momentos en que creimos estar oyendo al mayordomo asturiano del *Qué dirán?* Todo el mundo echó de menos en este papel al señor Sobrado. La señora Diez hizo bien el suyo, porque esta excelente actriz no hace nada mal; pero la señora Lamadrid (Doña Teodora) hubiera lucido mas en él y con menos trabajo. El señor Guzman tambien desempeñó uno que no convenia á su carácter, y que mas bien parecia escrito para el señor Fabiani.

Esta falta de tino en el reparto de los papeles es muy censurable y no hemos querido pasarla en silencio.

